

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, HERNÁN CORTÉS, 8, PRAL.
Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas y de los correspondientes del periódico, ó dirigiéndose directamente al administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Juan José Morato.

LEGISLACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

APROBADA EN EL CONGRESO DE PARÍS

El Congreso Internacional Obrero Socialista de París,

Después de haber afirmado que la emancipación del trabajo y de la Humanidad sólo puede resultar de la acción internacional del proletariado, organizado en Partido de clase, que se apodere del Poder político para la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción;

Considerando:

Que la producción capitalista, en su rápido desarrollo, invade sucesivamente todos los países;

Que este progreso de la producción capitalista implica la explotación creciente de la clase obrera por la burguesía;

Que esta explotación, cada día más intensa, tiene por consecuencia la opresión política de la clase obrera, su servidumbre económica y su degeneración física y moral;

Que, por lo tanto, el deber de los trabajadores de todos los países es luchar, por todos los medios que estén á su disposición, contra una organización social que los aniquila y que amenaza al mismo tiempo el libre desarrollo de la Humanidad; pero que, por otra parte, lo que importa ante todo es oponerse á la acción destructora del presente orden económico,

Decide:

Que una legislación protectora y efectiva del trabajo es de necesidad absoluta en todos los países donde reina la producción capitalista.

Como base de esta legislación, el Congreso reclama:

- Limitación de la jornada de trabajo á un máximo de OCHO HORAS para los adultos;
- Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años, y reducción de la jornada á seis horas para los jóvenes de uno y otro sexo de catorce á diez y ocho años;
- Abolición del trabajo de noche, exceptuando ciertos ramos de industria cuya naturaleza exige un funcionamiento no interrumpido;
- Prohibición del trabajo de la mujer en todos los ramos de industria que afecten con particularidad al organismo femenino;
- Abolición del trabajo de noche de la mujer y de los obreros menores de diez y ocho años;
- Descanso no interrumpido de treinta y seis horas, por lo menos, cada semana, para todos los trabajadores;
- Prohibición de ciertos géneros de industrias y de ciertos sistemas de fabricación perjudiciales á la salud de los trabajadores;
- Supresión del trabajo á destajo ó por subasta;
- Supresión del pago en especies ó comestibles y de las cooperativas patronales;
- Supresión de las agencias de colocación;
- Vigilancia de todos los talleres y establecimientos industriales, inclusa la industria doméstica, por medio de inspectores retribuidos por el Estado y elegidos, cuando menos la mitad, por los mismos obreros.

El Congreso declara que todas estas medidas de higiene social deben ser objeto de leyes y tratados internacionales, que los proletarios de todos los países deberán imponer á sus gobernantes respectivos. Una vez conseguidas estas leyes y tratados del modo que juzguen más eficaz, los proletarios de cada país deberán velar por su ejercicio.

1.º DE MAYO

Aunque por motivos diferentes, la jornada de hoy es de excepcional importancia para proletarios y burgueses.

Mostrarse unidos por iguales aspiraciones y sentimientos en un mismo día y casi á la misma hora los obreros de todo el mundo que se preocupan de su estado y del porvenir de su clase, es un hecho grandioso preñado de beneficios para los que forman el elemento productor; pero, á la vez, es un hecho funesto lleno de terribles consecuencias para el elemento patronal ó capitalista.

La Manifestación universal es para los primeros agitacion fecunda, que despierta á los proletarios adormecidos, atrae al campo de la acción á los que vivían aislados, educa á los recién entrados en él y vigoriza y da nuevos alientos á los viejos luchadores.

La Manifestación universal es para los segundos conmoción formidable, que desmorona el régimen del salario, disminuye el número de sus defensores, acre-

ce el de sus enemigos y proporciona á éstos circunstancias favorabilísimas para que puedan asestar pronto á aquel el golpe de muerte.

Pavor, desasosiego, inquietud inmensa es lo que sienten hoy los que viven de la explotación, los que se apropian lo producido por los demás.

Satisfacción, regocijo, confianza en su poder y en su fuerza es lo que experimentan en este día los creadores de la riqueza, los victimas de la sociedad capitalista.

Por eso los unos se apresuran á adoptar toda clase de medidas y precauciones para quitar interés y relieve á la movilización del ejército proletario que lucha por redimir á todos los oprimidos.

Por eso los otros se agitan y esfuerzan para que dicha movilización resulte soberbia y potentísima y produzca el mayor caudal de beneficios á los desheredados.

En tal contienda, el triunfo tiene que ser necesariamente de los trabajadores.

Haga cuanto quiera el Poder burgués, válgase de patrañas ó de arbitrariedades y atropellos, será impotente para impedir que en este día las fronteras aparezcan borradas para los proletarios, éstos se manifiesten unidos por una misma idea y por un sentimiento profundo de solidaridad, y revelen por modo elocuentísimo la fuerza con que ya cuentan y lo que esa fuerza hará á poco que se acreciente y que vigorice su organización.

Mal que le pese á la clase explotadora, tiene que contemplar hoy cómo los robustos brazos del proletariado activo é inteligente ahonda la fosa en que pronto ha de ser sepultada.

Si; unas cuantas jornadas más como ésta, unas cuantas revistas anuales de las fuerzas que constantemente recluta el Socialismo internacional, y la Revolución proletaria, arrancando de manos de los parásitos todos los medios de producción y de cambio, y socializándolos ó poniéndolos á disposición de la sociedad entera, pondrá fin á todas las esclavitudes y creará un orden social armónico y justo.

Este sol de esperanza que alumbra hoy á los asalariados ansiosos de romper sus cadenas, debe animar á todos los explotados y hacerles ocupar el puesto que les corresponde en la Manifestación de este día.

¡Obreros de las minas, no trabajéis el 1.º de mayo para vuestros explotadores!

¡Obreros de las fábricas y de los talleres, desatad de ellos hoy y celebrad con vuestros camaradas la Fiesta del Trabajo!

¡Obreros del campo, negaos á trabajar en día tan marcado como éste, y reclamad que se os trate como á personas, no como á irracionales!

¡Obreros de la inteligencia, compañeros de los trabajadores industriales y agrícolas, asociados á la Manifestación que celebra hoy el mundo del trabajo!

¡Obreros todos, explotados de todos órdenes, no dejéis de afirmar en esta fecha la unión con vuestros hermanos de todo el mundo y de testimoniar al corruptor y corrompido capitalismo que así como vuestros brazos y vuestros cerebros sirven para crear cuanto bueno y útil existe en la presente organización social, servirán también para exterminarle y redimir á la Humanidad!

¡Viva el 1.º de mayo!
¡Viva la unión de todos los proletarios del mundo!
¡Abajo la explotación del hombre por el hombre!

La Redacción.

El compañero León XIII.

Hay quien le llama el *Papa de los obreros*.

En el espíritu evangélico está la exaltación de los pobres, de los humildes; pero este protectorado moral que Cristo proclamó desde lo alto de la cruz y cercada de espinas la cabeza, pretende ejercerlo hoy el jefe de una jerarquía eclesiástica sentado en un trono y coronado con una corona de tres pisos. ¿Es extraño que su resplandor moral no pueda abrirse camino entre los destellos del oro y de la pedería?

Nunca el Cristianismo pudo tener pretensiones económicas. Muy al contrario; ha fracasado por querer convertirlo, de doctrina puramente moral, en doctrina social. Toda la economía política del Cristianismo está en aquellas palabras que el evangelista pone en boca de Jesús: «No os congojéis por vuestra vida, que habéis de comer ó que habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir...» «Las aves del

cielo no siembran, ni siegan, ni allegan alfofies, y vuestro padre celestial las alimenta.» «Buscad el reino de Dios y su justicia; todo lo demás, dado os será por añadidura.»

Por esta añadidura, precisamente, se afana la clase trabajadora, y se organiza en partido de clase. Que la espera, sí, de la justicia de Dios, pero mediante una revolución que destruya el privilegio burgués; que hasta la fecha, sólo los burgueses, como las aves del cielo, comen sin sembrar, ni segar, ni allegar alfofies; que por ellos y para ellos sudan los trabajadores sin que el ferviente amor del Papa por los que sufren le mueva á protestar evangélicamente contra esta explotación inicua.

Si Cristo hubiese dicho: «No os robéis los unos á los otros», hubiese asentado la gran basa de toda la moral social. *Todo hombre debe producir cuanto consume. Si no lo produce, lo roba.* Y, mientras unos hombres sean ladrones de otros hombres, aquel sublime «Amaos los unos á los otros» será una frase vana, consejo fácil de dar, no fundamento de la vida individual ni de la vida colectiva.

No hay moral, como no hay libertad ni derecho, sin la emancipación económica. Proclámela León XIII, y su nombre se pondrá en la sagrada lista de los redentores.

En tanto no lo haga, tenga todo trabajador por muy cierto que el Papa y su Iglesia sirven á la burguesía, que para eso paga; á la misma burguesía que cercenó el poder de los papas y de la Iglesia, y los escarneció.

Dr. J. Vera.

Madrid, 25 abril 1894.

El Socialismo y los obreros intelectuales.

Es opinión frecuente de los detractores del Socialismo revolucionario la de que éste excluye de su seno á los obreros llamados intelectuales. Pudiera aún tolerarse esta afirmación inexacta—porque el error es disculpable—si fuera debida siempre á la ignorancia; pero en muchos casos es hija de la mala fe.

Los que inconscientemente sostienen tal afirmación, piensan así por desconocer en absoluto la doctrina socialista. Oyen hablar del Partido Obrero; saben que el núcleo de éste se encuentra formado por trabajadores manuales; han escuchado en alguna ocasión ó leído en cualquier periódico burgués que dicho Partido aspira á la emancipación de la clase obrera; ven la dura condición del jornalero, y de estas premisas deducen la consecuencia de que la Democracia Socialista cierra sus puertas á todos aquellos que no sean asalariados del taller ó de la fábrica.

Hay quienes, por el contrario, no pudiendo desconocer que el Socialismo revolucionario es puerto franco á los que acepten su principio capital de la abolición de la propiedad privada y la consiguiente socialización de los medios productivos; comprendiendo los mismos que el peligro para la organización social favorable á ellos está precisamente en la unión de todas las fuerzas obreras, manuales é intelectuales, tratan de evitarla procurando introducir la discordia entre ambas, diciendo á los trabajadores intelectuales que el Socialismo revolucionario admite sólo á los que tienen callos en las manos; que los trabajadores manuales miran con desconfianza á los que no reúnen esta cualidad, á los que gastan traje distinto de ellos, y manifestando á su vez á los obreros manuales que aquéllos no trabajan, y que los intereses de éstos no guardan, por tanto, relación alguna con los suyos.

Los que abundan en la primera de las creencias expuestas no son más que ignorantes. Los que, conociendo la verdad de la doctrina, defienden lo contrario guiados por un móvil egoísta y bastardo; los que, abrigando en el fondo de su conciencia la convicción de que el Socialismo revolucionario no rechaza á nadie de sus filas, desmienten su propio pensamiento con sus palabras y con sus actos, son unos malvados. A los primeros hay que compadecerlos; á los segundos anatematizarlos; pero á unos y á otros hay que presentarles la verdad: á éstos para desenmascararlos, á aquéllos para que aprendan. La tarea es fácil, porque la Historia y la razón están de nuestra parte.

La genealogía del Socialismo, bien utópico, bien científico ó revolucionario, evidencia que ambos son de abolengo intelectual y profesional. Los fundadores del Socialismo no pertenecen á la clase de los obreros manuales: los nombres de San Simón, Fourier, Owen,

Lassalle, Marx y Engels, lo justifican. Ahora bien: si personalidades ajenas al trabajo corporal son las que han dado vida al Socialismo, dedúcese lógicamente y necesariamente que éste no puede rechazar a los que le han procreado: hacer lo contrario equivaldría a maldecir y renegar de sus ascendientes, y aun más que ingratitude sería una indignidad.

No sólo el elemento intelectual es el padre del Socialismo, sino que hoy en muchas naciones vive con éste, y si desgraciadamente la mayoría de aquél (lo mismo que parte del proletariado manual) no se encuentra aun dentro de los Partidos Obreros, el movimiento se ha iniciado, y, tarde ó temprano, llegará á su límite natural. Puestas las clases profesionales en la pendiente de la crítica de la sociedad individualista, se deslizarán por ella hasta caer en el campo del colectivismo.

Por otra parte, el Socialismo no lucha por la emancipación de una clase determinada, sino por la de la Humanidad, porque todas las clases sienten más ó menos los efectos de la viciosa organización que nos rige y á todas se han de extender los beneficios de la futura. El Socialismo proclama la lucha de clases, no la de trajes, como ha dicho acertadamente Julio Guesde, deslindándose al efecto en dos las que forman la sociedad: la de los que trabajan, vistan blusa, chaqueta ó levita, y la de los que no trabajan y viven á costa de la otra, ya se adornan con el aristocrático frac, ya se encubran con la blusa del burgués carnicero ó panadero, menos culta y tan opresora como aquél. Asalariado es el obrero que gasta sus fuerzas en una mina, taller ó fábrica, como lo es el ingeniero que emplea su actividad en una empresa: en ambos casos es idéntica la naturaleza de la retribución del trabajo y análoga la apropiación del resultado de éste: de él se lucra el patrón, sea particular, sea sociedad.

No hay, pues, ni puede haber antagonismo entre el obrero intelectual y el obrero manual: los dos gozan de igual condición jurídica y social, y ambos tienen un interés común. El día que las clases profesionales adquieran conciencia de su estado, comprendan el espíritu de justicia que informa al Socialismo revolucionario y se dispongan á luchar activamente en pro de él, se redimirán de la falta de no haber auxiliado desde luego al elemento manual en su obra de emancipación humana, y aquel día podrá considerarse aniquilada la organización capitalista; pues así como el rayo se produce por el choque de dos electricidades diversas, así la Revolución social se efectuará por el esfuerzo combinado del trabajador manual é intelectual, por la ciencia y por la fuerza, ó sea por la fuerza consciente y reflexiva.

R. Oyuelos Pérez.

Madrid, 21 abril 1894.

La acumulación capitalista y las horas de trabajo.

Una publicación inglesa—el novísimo *Diccionario Estadístico*, de Mulhall—aprecia el valor de la riqueza de las siete principales naciones de Europa en

37.190 millones de libras esterlinas,

ó sea pesetas en oro, próximamente,

929.750 millones,

distribuidos en esta forma:

Inglaterra	218.000 millones.
Francia	214.950 —
Alemania	160.925 —
Rusia	108.575 —
Austria	90.325 —
Italia	74.075 —
España	62.900 —

Repartiendo esta enorme masa de riqueza entre los habitantes de esas siete naciones, resultaría, según el mismo *Diccionario*, que le tocarían:

A cada inglés	6.225 pesetas.
— francés	5.600 —
— español	3.700 —
— alemán	3.500 —
— austriaco	3.150 —
— italiano	2.500 —
— ruso	1.925 —

Lo que da un promedio de 3.800 pesetas por habitante.

Mas como desde nuestro punto de vista socialista esa distribución no nos interesa, puesto que sería caer en la pretensión disparatada de repartir una riqueza que ya está individualizada, y por lo mismo tocamos sus desastrosos efectos, hemos de estudiar las cifras en relación con el criterio de que es necesario socializar la riqueza para dar solución al problema de la positiva y justa repartición de los productos.

Lo socialistas sabemos que la riqueza de que se trata forma el CAPITAL, trabajo humano acumulado por las generaciones precedentes, y que, en lugar de haber constituido el patrimonio común beneficioso á todos los seres en el presente y en el porvenir, por artes siempre injustas y variadas ha pasado á manos de unos pocos—los capitalistas—despojando á los más—los proletarios.

Trátase, pues, de cuantos medios de producción y de cambio hoy poseen los capitalistas, y que utilizan en su exclusivo provecho, como tierra, máquinas, edificios, vías férreas, caminos, puertos, transportes marítimos, minas, mineral amonedado y sin amonedar, etcétera, etc. Si esos elementos quedaran improductivos—lo que no se concibe—, sus poseedores llegarían

á agotarlos, pasando todo lo más, en parte, á ser medios de consumo los que son de producción; pero no siendo así, funcionando para el efecto de crear nueva riqueza á sus privilegiados dueños con ayuda de la fuerza de trabajo, indispensable á su condición reproductiva, los capitalistas extraen de esa riqueza ó capital lo que se llama la utilidad, el interés ó la renta.

Admitiendo que esa renta sólo llegue á un modesto 4 por 100, los capitalistas sacan anualmente de la propiedad individual de esa riqueza, ó mejor dicho, retiran del trabajo social en que esa riqueza entra como un solo factor de la producción en general, la exorbitante cifra de

37.190 millones de pesetas,

destinados principalmente á satisfacer las necesidades personales, el lujo y los placeres de la clase capitalista de las siete naciones ya citadas.

Siendo imposible, por otra parte, que puedan consumir tan extraordinaria cantidad de productos, y al propio tiempo la revolución constante á que se hallan sometidos los elementos de la producción, el sobrante viene indefectiblemente á sumarse con el capital primitivo; lo que constituye el secreto de la acumulación capitalista.

Entremos ahora á examinar esta cuestión bajo otro aspecto más evidente todavía, en relación con el tiempo de trabajo social é individualmente necesario para la producción.

El *Diccionario* aludido ha tomado como base de sus cálculos para la repartición de la riqueza la cifra de 261 millones, que resultan ser los habitantes de las siete naciones citadas.

Si todos trabajan, sin excepción alguna, es decir, hasta los impedidos físicamente por su edad ó padecimientos, cada uno contribuirá anualmente al pago del interés de la riqueza capitalista—suponiendo su abono necesario—con pesetas 142,50.

Cualquiera que haya estado ó esté dentro del dominio de la explotación capitalista, ó cualquier capitalista que tenga asalariados, sabe que esta cifra es bien baja comparativamente con la utilidad que proporciona un obrero; y así es, en efecto.

Fijemos los cálculos en bases más sólidas que la simple proporción por el número de habitantes.

En la sociedad actual no todos trabajan, y aunque al parecer trabajen, no realizan todos un trabajo útil. Sin temor de equivocarnos mucho, y para no entrar en clasificaciones, aunque más exactas, mayores en extensión, deduciremos un 50 por 100 de los habitantes ocupados en tareas completamente improductivas, como curas, frailes, sacristanes, monjas, prostitutas; funcionarios innecesarios, magistrados, jueces, escribanos, notarios, abogados, alguaciles, militares, marinos de guerra, Guardia civil y forestal, Policía, ladrones, presidiarios y *tutti quanti*. Toda esta gente, sin embargo, consume, y su sostenimiento corre de cuenta del otro 50 por 100 de verdaderos productores.

Supongamos ahora, sin recargar mucho los cálculos, que unos y otros—productores y no productores—consumen una peseta por día. Como hoy trabajan todos los miembros de la familia obrera, y el promedio de su consumo personal, y por lo tanto de su salario, no subirá en las siete naciones citadas á más de una peseta diaria, y quizá resulte más bajo, tendremos que cada uno deberá producir dos pesetas: una para sí y otra para un improductivo.

Además, como no trabaja sino el 50 por 100 de la población, y de su trabajo ha de salir la renta ó interés del capital, le corresponde á cada productor el doble de la cifra más arriba estampada como parte proporcional de esos mismos intereses, ó sea 285 pesetas anuales destinadas á remunerar ó aumentar una riqueza que no le pertenece.

Planteada así la proporción, tendremos que un obrero produce cada año valores equivalentes á

365 pesetas para su consumo personal;
365 — para el de un improductivo, y
285 — para satisfacer el interés del capital.

Mas la equivalencia metálica no presentaría la solución tan clara. Es preciso reducirla á la proporción horaria del tiempo de trabajo, y suponiendo á cada productor una jornada media de diez horas, resultará que el tiempo dedicado á la producción por cada uno de ellos será distribuido de la siguiente manera:

3 horas y 36 minutos para la satisfacción personal de sus necesidades;
3 — 36 — para el sostenimiento de un improductivo, y
2 — 48 — para los capitalistas.
10 horas de trabajo.

Creemos que las cifras que anteceden no estarán muy lejos de la verdad. De ellas sacamos dos deducciones principales:

1.^a Que con los actuales elementos de producción, socializados, susceptibles de perfección indefinida, el término medio del tiempo de trabajo de cada uno para la satisfacción de sus necesidades no excedería de CUATRO horas, sosteniendo con ellas á los niños, ancianos y enfermos.

Y 2.^a Que cada obrero trabaja actualmente para su burgués, por término medio cada día, sin retribución alguna.

DOS HORAS Y TRES CUARTOS.

Precisamente lo que constituye la base del capital: el trabajo no pagado.

A. G. Quejido.

Barcelona, 20 abril 1894.

Contradicción.

Los corifeos de la burguesía sostuvieron en un tiempo que el Socialismo revolucionario no tenía razón de ser, y éste se manifestó en todos los países donde el sistema capitalista existe.

Dijeron después que no prosperaría, y se afirmó en todas partes é hizo prosélitos.

Aseguraron más tarde que sería destruido por el poder de la burguesía, y á pesar de haber ésta empleado contra él todos los medios de represión de que dispone, el Socialismo multiplicó sus adeptos.

Manifestaron luego que la crítica burguesa daría cuenta de él, y esa crítica, sirviéndole de excelente abono, llevó á sus filas numerosos partidarios.

Pusieron en duda más adelante que pudieran marchar de acuerdo los socialistas de todos los países, y las resoluciones de tres Congresos internacionales, y singularmente la Manifestación de 1.^o de mayo, han demostrado que hay entre ellos perfecta unidad.

Dijeron ha poco que el Ejército sería el muro donde el Socialismo se estrellase, y á estas fechas el Ejército está minado por los socialistas.

Afirman ahora que, caso de triunfar el Socialismo, tardará muchísimos años, y los millones de obreros que toman parte en la Manifestación universal, las minorías socialistas que hay en los principales Parlamentos de Europa, las mayorías y minorías, también socialistas, que figuran en los Municipios, las frecuentes adhesiones á nuestros principios de pensadores, literatos y publicistas, y la atmósfera favorable al Socialismo que en todas partes se nota, dicen á todo el mundo, á amigos y enemigos, á explotadores y explotados, que á principios del siglo que viene el Poder político estará en manos de la clase obrera.

La contradicción que existe entre lo que expresan los defensores del régimen burgués y lo que en la realidad pasa, está en que aquéllos no admiten ó no quieren admitir que el Socialismo lo ha engendrado la misma clase dominante, y, por lo tanto, que al avanzar ésta, como avanza, en su desenvolvimiento, al recorrer las fases de su ciclo, aquél tiene necesariamente que avanzar también.

Y como hoy se encuentra la burguesía en la última fase de su vida, y vese obligada á recorrerla aprisa, de ahí que el triunfo del Socialismo sea inevitable en breve plazo.

Un socialista.

Madrid, 26 abril 1894.

Nuestro mayor enemigo.

Así como la obscuridad es la más absoluta negación de la luz, la ignorancia—abstracción hecha de la burguesía como clase opresora—es la mayor enemiga del Socialismo científico, que hoy sirve á los trabajadores de todos los países civilizados de formidable ariete contra el vetusto baluarte de los privilegios, y mañana será el sol que disipe las tinieblas del presente, dando término al estado de salvajismo creado por el capital, en donde miembros de una misma familia se destrozan y aniquilan, y principio á la era de paz, en la cual, sin más estímulo que el trabajo, sólo se lucha con los elementos de la Naturaleza para proporcionar la mayor cantidad de bienestar á los humanos que forman parte de ella.

Podrá ser Castelar un buen historiador que nos hable de las Catacumbas, de los sabios de Grecia y de los tiempos prehistóricos; Echegaray un doctor en Ciencias naturales que se condele de que los descubrimientos científicos vengán á afirmar más nuestros ideales de justicia contra una sociedad que le mima y le colma de honores; Moret aventajado gimnasta que haga más *planchas* que guardias civiles manda el Gobierno á Andalucía para remediar el hambre que sufren los trabajadores; y Monescillo y León XIII eminentes teólogos para sermonear á mujeres histéricas y hombres alucinados con ilusorios fantasmas; podrán ser éstos y otros personajes todo lo sabios que se quiera en sus distintas profesiones, mas en lo que se refiere á la cuestión social... ahí ya es otra cosa. Todos han demostrado la más supina ignorancia, el desconocimiento más completo de esos fatales revolucionarios llamados fenómenos económicos, que nos conducen á la perdurable igualdad económico-social.

Castelar con sus artículos sobre la cuestión social, después de afirmar que se le ha atragantado la obra de nuestro maestro Marx; Echegaray con sus escritos combatiendo tan sólo los extremos del brutal individualismo; Moret con la célebre información obrera; Monescillo declarando que con pan y hojas de Catecismo se resuelve el problema de la miseria, y León XIII con su encíclica *De conditione operarii*, sólo han demostrado que son unos ignorantes en materia de Sociología.

Nuestros sabios burgueses, para servir al capital no combaten el Socialismo científico de Carlos Marx, aunque eso se proponen; combaten las utopías del pasado, lo que antes que ellos hemos combatidos nosotros.

El Socialismo, expresión de la verdad, no puede tener otro enemigo, en el terreno de la crítica, que la ignorancia.

Trabajemos por robustecer nuestras filas; dediquemos por completo el 1.^o de mayo á afianzar más la fraternidad, las corrientes de simpatía que existir de-

ben entre cuantos sufrimos el régimen del salario, y pronto la electricidad de nuestras ideas borrará las falsas imágenes de falsos redentores, reduciendo los gigantes a pigmeos y elevando los pigmeos a gigantes.

Al mundo de la holganza ha de suceder el mundo del trabajo.

F. Martínez Andren.

Valencia, 24 abril 1894.

El mal y su remedio.

Es verdadero absurdo el espectáculo que ofrece el presente orden social.

Hay miles y miles de hombres sin ocupación que desean trabajar; siéntese la necesidad de hacer muchos puentes, carreteras, vías férreas y canales, y de encauzar ríos, construir edificios y sanear poblaciones; cuéntase con material para realizar todo esto é inteligencias para dirigirlo; cabe, por haber abundancia de primeras materias y medios para transformarlas, que las industrias aumenten el número de sus productos; y sin embargo de existir tales condiciones, un número considerable de seres humanos carecen de todo: de hogar, de alimento, de ropa, de instrucción, de cuanto precisan, en fin, los racionales para poder vivir.

Semejante incongruencia es resultado inevitable de la propiedad privada. Esta no tiene por fin la satisfacción de las necesidades de todos los seres humanos, sino el acrecentamiento de la riqueza de los poseedores de los medios productivos. Para que no ocurra hecho tal, que hace sufrir horriblemente á la inmensa mayoría de los hombres, debe abolirse la propiedad privada de todos los medios de producción y sustituirla con la propiedad social. La burguesía, con su propio desarrollo, facilita esta solución; mas el encargado de llevarla á la práctica, de imponer esa transformación salvadora, es el proletariado.

En tanto logran esto, los trabajadores precisan alcanzar la jornada de OCHO HORAS para disminuir su explotación, ocupar los brazos que hay de más y adquirir la fortaleza que le permita vencer á su enemigo.

C. Muñoz.

Ciudad-Rodrigo, 25 abril 1894.

La verdad.

La ciencia ha realizado grandes progresos materiales que han hecho extraordinariamente cómoda la existencia de los explotadores y muy amarga la de los explotados; pero el Socialismo revolucionario se dispone á acabar con esa desigualdad facilitando á todos medios para satisfacer ampliamente sus necesidades.

M. Argüelles.

Gijón, 21 abril 1894.

CANCION DEL OBRERO

Yo soy un pobre obrero que cruza por el mundo como judío errante, seguido por el mal; jamás de los placeres libé la dulce copa; me brinda el hado impío con penas nada más.

Se elevan á mi vista magníficos palacios, y sólo una cabaña yo tengo por mansión, donde la higiene nunca llegó á mostrar su influjo y adonde asoma apenas la clara luz del Sol.

Preséntanse á mi paso surtidos abundantes de telas vistosísimas que invitan á vestir, y yo en mi vestimenta tan sólo llevo harapos manchados con la pringue que toco en mi trajín.

Veo manjares ricos que el apetito excitan con su admirable aspecto y su fragante olor, y á mí de pan regado con lágrimas amargas apenas me alimenta la misera ración.

Yo creo esa riqueza que veis por todas partes; trabajo solamente para el ajeno bien, y, sin embargo, veo que siempre soy mirado lo mismo que un leproso por el feroz burgués.

En todas partes sobran productos de la industria que son, por «excedentes», inútiles al fin, y á mí no me conceden mis sórdidos verdugos ni lo que me hace falta para poder vivir.

Yo soy un pobre esclavo que cruza por la tierra como judío errante, sufriendo nada más; para curar mis penas espero solamente el triunfo de la ansiada Revolución social.

A. Ortiz.

Santander, 25 abril 1894.

DEL EXTERIOR

Francia.

QUERIDO IGLESIAS:

Con verdadero gozo, y en nombre del Partido Obrero francés, me uno á los trabajadores socialistas de España para saludar en la Manifestación de 1.º de mayo la promesa y el prefacio de un mundo nuevo, de una Humanidad sin clases y sin fronteras.

En efecto, este día—nuestro día—no hay Pirineos, ni Vosgos, ni Alpes, ni Mancha, ni Atlántico entre los proletarios del mundo que se tienden la mano y forman una sola y grande patria, la patria del trabajo, que hay que emancipar en común del capital explotador y tirano.

Espectáculo tan admirable, movimiento tan universal, jamás se ha visto.

Algunos primeros de mayo más, y la ola creciente de la solidaridad obrera hará desaparecer, con las Monarquías y las Repúblicas burguesas, que acentúan sus amenazas contra nosotros á medida que el miedo las domina, el sistema capitalista, del cual no son ellas otra cosa que un gendarme cada vez menos temible. Vuestro y del Partido Obrero español,

J. Guesde.

París, 20 abril 1894.

1.º DE MAYO

Este día, que recuerda las grandes fiestas internacionales del Catolicismo, los obreros de todo el mundo, con plena conciencia de sus intereses, álzanse ante la burguesía reinante y exigen reformas para su clase. En todos los países el mismo grito sale de todos los pechos: «Reclamamos menos trabajo y más bienestar; queremos vivir como hombres y no como bestias de carga.»

La opresión económica, igual en todas partes, es la que ha creado en todos los pueblos la misma necesidad de reformas y la que ha fundido en un gran partido internacional á los trabajadores de Europa y de América. Para afirmar esta solidaridad internacional acordaron los socialistas en su Congreso de París de 1889 celebrar la Manifestación universal obrera.

Cada 1.º de mayo ha marcado una etapa en el desarrollo del Partido Socialista Internacional, que establecerá el bienestar y la paz en la tierra, mientras que la burguesía capitalista no ha sabido y no ha podido engendrar más que el desorden, la miseria y la guerra.

El 1.º de mayo de este año anúnciase más grandioso por la masa proletaria, sin cesar creciente, que se movilizará y por la significación de las reclamaciones que habrán de formularse. Los obreros de Inglaterra, de Austria y de Bélgica no solamente afirmarán su derecho á la existencia y á las riquezas que han creado, sino que se preparan á proclamar su derecho á la dirección política de la sociedad reclamando el sufragio universal, ese instrumento indispensable de toda reforma social.

En los Estados Unidos de América, donde en 1887 los trabajadores se manifestaron por primera vez el 1.º de mayo con una huelga general reclamando la jornada de ocho horas, va á revestir este año la Manifestación de 1.º de mayo una importancia colosal y sin precedente en la Historia. De todos los puntos de esta inmensa nación, que cuenta un territorio mayor que el de Europa, han salido los obreros sin trabajo para reunirse el 1.º de mayo en Washington, donde residen los Poderes públicos. Nuevos cruzados del trabajo, van allí á buscar su redención.

¡Viva el 1.º de mayo!
¡Viva el Socialismo internacional!

P. Lafargue.

Le Perreux, 20 abril 1894.

Italia.

QUERIDO IGLESIAS:

Si los proletarios de Sicilia pudieran hablar, os responderían mejor que yo á la invitación que me hacéis para que escriba alguna cosa acerca del 1.º de mayo. Y su respuesta sería brevísimas: —¡Viva de corazón la España socialista! ¡Vivan nuestros hermanos españoles, que han practicado con nosotros la solidaridad de modo tan espontáneo y conmovedor!

Pero, como sabéis, los proletarios de Sicilia carecen ahora de libertad para expresar su pensamiento. Están fuera de la ley, bajo el gobierno militar, sin directores, sin organización, sin periódicos y privados del derecho de reunión. A millares han sido encarcelados; muchos de sus hombres más activos condenados á penas graves, y otros lo serán en breve á penas más graves todavía.

Por verse ellos constreñidos á sufrir en silencio la violencia de la burguesía, acepto voluntariamente el cargo de dirigir á los compañeros de España su palabra. Si en Sicilia no existiese ahora la reacción, otra persona más digna que yo, de Palermo, habría enviado á los compañeros españoles el mensaje de la solidaridad internacional en nombre del naciente Partido Socialista italiano.

Vosotros, en España, habéis demostrado con vuestro apoyo moral y con el socorro material sentir vivamente la situación que atraviesa Sicilia; vosotros la habéis estrechado, como cosa vuestra, contra vuestro corazón. ¡En cuántas cosas se semejan Italia y España, y especialmente Sicilia y Andalucía!

Mas esta primera derrota del proletariado italiano no dejará de producir algunas ventajas. Es la primera vez que la masa proletaria italiana se ha encontrado enfrente de la burguesía con la conciencia de clase y con el vago sentimiento del Socialismo apenas germinado en su cerebro. Desde este momento, pues, progresará siempre. Los mismos errores cometidos, las mismas imprudencias, servirán de enseñanza.

De ahora en adelante, el Socialismo no será ya en Italia la idea abstracta de tal ó cual pensador, ni la irreflexiva deliberación de unos cuantos asociados, sino el sentimiento que anime á la masa, la fuerza

que la empuje. El proletariado italiano adquirirá fuerza con la experiencia del fracaso.

La misma burguesía, que para gobernar tiene que acudir á la violencia, hace de maestra.

¡Vivan los socialistas españoles!, falange de combatientes siempre fieles y constantes—que descienden directamente de la antigua y gloriosa Internacional—, y documento vivo del no lejano renacimiento de España, después de tantos siglos de miseria política y de decadencia económica.

Vuestro de corazón,

A. Labriola.

Roma, 9 abril 1894.

¡Que la cuestión es tan antigua como el mundo! Concedámoslo. Pero lo no que es tan antiguo como el mundo es el grado á que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante, más rebelde á toda oposición humana que se conoce en la Historia. Lo que no es tan antiguo como el mundo es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza y la conquista consolidada de la igualdad civil y política, que hace sentir más que nunca las desigualdades económicas; es la cultura mayor, que hace precisamente más agudos en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es la miseria relativa acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia en un pequeño número; es el decaimiento progresivo de aquel espíritu religioso de resignación que hacía soportar los males presentes con la esperanza de una recompensa futura; un clero de todas las iglesias, que, solicitando reformas es, en fin, sociales, ó sea reconociendo que hay remedio posible á los males de la tierra, hace comprender á los desgraciados, si no con las palabras con los hechos, que no se puede pretender de los infelices la antigua resignación.

Si la cuestión social será tan antigua como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado el oro en manos de dichosos particulares, que se levantan como soberanos en medio de pueblos libres, que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de la patria como Estados propios, que tienen en su bolsa la suerte de cientos de miles de hombres y que pueden turbar en provecho privado los intereses de una nación entera y corromper únicamente muchedumbres ó Poderes públicos. Lo que es nuevo es que enfrente á estos monarcas de la riqueza y á sus omnipotentes Federaciones que ensanchan á su alrededor como siniestra banda la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan salido Sociedades de setecientos mil trabajadores, Uniones de oficios, numerosas como pueblos, organizadas como ejércitos; y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados á reunirse por la grande industria, se vayan aglomerando los proletarios en batallones y regimientos que se entienden, se disciplinan y fraternizan. Lo que es nuevo también es que se reúnan Congresos de obreros, en los cuales intervienen delegados de diez y nueve naciones que representan cinco millones de trabajadores; que haya países donde veinte ciudades se declaran en favor de la socialización de la tierra; que en el país más culto y más poderoso de Europa se manden al Parlamento cuarenta y cinco campeones de la nueva idea con mayor número de votos obtenidos por cualquiera de los otros partidos militantes de la nación; lo que es nuevo es un acuerdo internacional de agitadores que con una palabra de consigna lanzada desde París á Sidney y desde Berlín á Nueva York, hace desertar en el mismo día del año, de los talleres, á nueve millones de operarios y dormir sobre las armas á diez ejércitos, como bajo la inminencia de una colisión de Estados. Lo que es enteramente nuevo es que esparcen cada día, por todas partes, hacia todos los sitios, por toda la haz de la tierra, millares de hojas que predicán una esperanza común y animan una sola pasión, acumulándose en las boardillas y en los tugurios como provisiones de pólvora y de guerra.

Y hay otra cosa nueva; que millares de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, extenuados, se someten á una nueva faena, para instruirse en las primeras horas de la noche acerca de las cuestiones sociales; se quitan el pan de la boca para mantener el periódico que les protege, y consagran los últimos restos de fuerza, de energía y de actividad á la propaganda de sus ideas é intereses, á la organización de su partido, permaneciendo en esta obra con tanto afán y ahinco, que á algunos, consumidos por esta fiebre de entusiasmo sordo, cuesta la vida su propia causa y la propagación de sus principios.

E. de Amicis.

Alemania.

La división de la sociedad en clase explotadora y clase explotada, dominante y oprimida, ha sido la consecuencia fatal de la productividad poco desarrollada de la sociedad. Allí donde el trabajo social no rinde más que una cantidad de productos que apenas excede de lo que es estrictamente necesario para mantener la existencia de todos; allí donde el trabajo, por consecuencia, absorbe todo ó casi todo el tiempo de la gran mayoría de los individuos que componen la sociedad, aquella sociedad se divide necesariamente en clases. Al lado de esta gran mayoría consagrada exclusivamente al trabajo se forma una minoría exenta del trabajo directamente productivo y encargada de los ne-

gocios comunes de la sociedad: dirección general del trabajo, gobierno, justicia, ciencias, artes, etc. La ley de la división del trabajo, pues, yace en el fondo de esta división de la sociedad en clases, lo cual no impide que esta división se efectúe merced a la fuerza y a la rapiña, a la astucia y al fraude, ni tampoco que la clase dominante, una vez establecida, deje de consolidar su poder en detrimento de la clase laboriosa y de cambiar la dirección social en explotación de las masas.

Pero si la institución de las clases tiene cierto derecho histórico, sólo lo tiene para una época determinada, para un conjunto de condiciones sociales dadas, pues se basa en la insuficiencia de la producción; mas será arrollada por el desenvolvimiento máximo. En efecto, nosotros no podemos pensar en la abolición final de las clases sino cuando hayamos alcanzado un nivel social en el que no sólo la existencia de una clase dominante, sino la de todas, y aún la distinción misma de clases, sean ya un anaerionismo; es decir, que presuponga un grado de desarrollo de la producción en el cual la apropiación de los medios productivos y de los productos por una clase, y, por consecuencia, la dominación política, el monopolio de la educación, la dirección intelectual de una clase social distinta sean no sólo superfluas, sino también un obstáculo al desarrollo económico, político e intelectual.

Este punto se ha conseguido ya hoy día. La bancarrota política e intelectual de la burguesía no es un secreto para ella misma; su bancarrota económica se repite regularmente cada diez años. Durante cada crisis decenal, la sociedad se ahoga bajo la presión de las gigantescas fuerzas productivas y de los productos que la burguesía ha creado y no sabe ya dominar; en su impotencia, se encuentra enfrente de este absurdo: que los productores no tienen nada que consumir porque hay falta de consumidores.

La fuerza expansiva de los medios de producción rompe las trabas que la producción capitalista les había puesto. Su libertad es la única condición que faltaba para asegurar un desarrollo continuo y siempre acelerado de las fuerzas productivas; es decir, un acrecentamiento ilimitado de la producción. Pero no es esto todo: la apropiación social de los medios de producción evita no sólo las trabas artificiales que encadenan actualmente la producción, sino que pone fin al desperdicio y a la destrucción de las fuerzas productivas y de los productos, corolarios inevitables de la producción actual, y que llegan a su apogeo en el momento de la crisis.

Además, la apropiación social pone a disposición de la sociedad un gran conjunto de medios de producción y de productos, haciendo así imposibles las insensatas extravagancias de las clases dominantes y de sus representantes políticos. La posibilidad, mediante la producción social, de asegurar a todos los miembros de la sociedad una existencia material bastante desahogada, que se ensanchará cada día más, y de garantizarles al mismo tiempo el libre desarrollo y ejercicio de todas sus facultades físicas e intelectuales; esa posibilidad, decimos, existe hoy por primera vez, pero existe.

F. Engels.

¿Qué ha demostrado la evolución del último decenio? Que toda la ciencia económica se inclina cada vez más al punto de vista del Socialismo. El mismo órgano oficioso del Papa ha afirmado que no se podía dudar que el Socialismo es la organización del porvenir y que, de buen ó mal grado, el Estado y la sociedad deberán acomodarse a él. Y si lo dice esta gente, no tenemos motivo para atormentarnos la cabeza acerca del porvenir; antes bien, podemos afrontarlo con serenidad.

Precisamente el hecho de que económicamente somos empujados cada vez más hacia el abismo; que vamos de crisis en crisis; que éstas se prolongan más a medida que se repiten, mientras se acortan las épocas de bienestar, y, por consiguiente, la miseria arroja a todas horas en la ruina nuevas clases sociales, porque la facultad de resistencia de las clases medias se desvanece más cada día y son lanzadas a las filas del proletariado; precisamente este hecho es la causa de que la Democracia Socialista adquiera de continuo mayor influencia no sólo en las clases trabajadoras, sino también en el campo de la inteligencia, ya que también en este campo hay exceso de producción. La burguesía, que no puede ya colocar sus propios hijos en las fábricas y en los comercios, los destina a los empleos, a la Enseñanza, a la Abogacía, a la Medicina, a la Administración, etc., y por todas partes se presenta una oferta excesiva de fuerzas. De aquí en adelante la sociedad no podrá dar siquiera colocación a sus fuerzas intelectuales.

Esto demuestra el absurdo en que se funda y prueba, además, la necesidad de su transformación. Las fuerzas productivas crecen en mayor proporción de lo que exigen las condiciones de nuestra sociedad, la cual tiene necesariamente que derrumbarse bajo el peso de sus internas contradicciones. Y cuando, presto ó tarde, la política exterior provoque una guerra europea; cuando la extenuación económica de las fuerzas de millones de hombres nos haga caer en una nueva crisis, más terrible que cuantas hasta ahora acacieron; cuando la bancarrota sea general y se precipite en la miseria a una masa enorme; cuando las más grandes empresas perezcan por falta de trabajo; cuando la dificultad de las comunicaciones ocasione un colosal encarecimiento de los medios de subsistencia; cuando, finalmente, los campos de batalla sean teatro de una

carnicería que hará espantar á Europa, entonces habrá llegado el momento en que toda la sociedad burguesa se convierta en ruinas á un solo golpe.

A. Bebel.

Cada año el 1.º de mayo es más grandioso, más universal, y el 1.º de mayo de 1894 será digno heredero de la gran Revolución francesa.

Lo que para los generosos y videntes de aquella Revolución no podía ser más que un ideal irrealizable —por falta de las condiciones necesarias— se realiza hoy. El "tercer estado", que en 1789 demolió la Bastilla del feudalismo, se ha dividido en dos partes: la burguesía moderna y el moderno proletariado. La burguesía tomó el dominio, y donde estaba la Bastilla del feudalismo erigió la *Bastilla del capital*. Esta Bastilla, en la cual están encarceladas la libertad y la igualdad, será demolida por el proletariado, al cual la lógica de la Historia y su propio interés vital asignan el deber de terminar la obra de la Revolución abatiendo la clase dominante y con ella todo género de dominación. El proletariado no quiere emanciparse para dominar á otros, como ha hecho la burguesía; emancipándose á sí mismo emancipa necesariamente á todos los hombres, y por esto el triunfo del proletariado es el triunfo de la Humanidad.

Como el ideal de la clase trabajadora no está en la región de las nubes, sino en la misera tierra, el programa de 1.º de mayo es esencialmente práctico: la defensa del trabajo y, ante todo, la jornada de ocho horas. Esto no resuelve el problema social, pero es una buena etapa en el camino que hay que recorrer. Un proletariado que sufre un trabajo sin límites no tiene fuerzas para romper sus cadenas. El tratado de alianza contraído por los trabajadores de todos los países en julio del 89 en París no está escrito con mentirosa tinta diplomática sobre frágil papel, sino que está grabado en el corazón de la masa trabajadora. En el 1.º de mayo, millones y millones de trabajadores del Viejo y del Nuevo Mundo renuevan el juramento de vencer al enemigo y de alcanzar el fin de la jornada.

Los trabajadores de Alemania, sabiendo que su suerte es solidaria de la de los trabajadores de los demás países, celebran el 1.º de mayo con el pensamiento en la fraternidad y en la solidaridad internacional. Y renovando en este día el voto de luchar por la santa causa, desafiando todo sacrificio y no descansando hasta después de la completa victoria, tienden la mano á través de las artificiosas fronteras á los trabajadores de todos los países.

Los trabajadores de todos los países son un solo corazón, una sola alma, una sola nación, un solo ejército.

G. Liebknecht.

Austria.

El siglo de la Revolución francesa, de Kant, Herder, Goethe, Schiller, vió surgir la *burguesía universal*; las últimas decenas de nuestro siglo han engendrado el *proletariado universal*, y el 20 de julio de 1889 será celebrado como el día de su nacimiento. Cuando Marx y Engels lanzaron al mundo del trabajo la frase *Proletarios de todos los países, ¡uníos!*, estas palabras, más que un llamamiento, fueron una profecía. La profecía ya se ha hecho viva y luminosa realidad. De la íntima conciencia de la clase trabajadora de todos los países nace una fuerza que trueca en un hecho de importancia histórica las sencillas deliberaciones del Congreso de París.

Frente á la importancia de este hecho, todo el resto es secundario. Nosotros, austriacos, y muchos otros compañeros con nosotros, hubiésemos deseado la unidad no ya en la substancia, sino en la forma de la manifestación; pero esto no puede ser. La batalla es una sola, pero diversos los campos en los cuales se combate. Por esto la cuestión de la abstención del trabajo y la de la celebración del primer día de mayo ó el primer domingo, todo esto no tiene importancia frente al hecho de que el proletariado de todo el mundo se presente como una sola clase internacional que combate por su propia vida y por su propia emancipación. La Manifestación de mayo no ha producido esa conciencia, pero la ha dado una expresión. La bandera roja no era más que un símbolo; la Manifestación de mayo es una realidad.

En Austria estamos muy retrasados en ese camino. Como el Austria misma es un anacronismo, así lo es su Democracia Socialista. Nosotros tenemos que conquistar para el proletariado aquellas armas que nuestros más afortunados hermanos de otros países han heredado de la burguesía triunfante. El hecho de que nosotros en Austria dediquemos también el 1.º de mayo á la reivindicación de los derechos políticos, demuestra que la clase trabajadora austriaca está bien convencida de que los derechos políticos dados á todo el pueblo son una condición elemental de la vida pública y no podrán ser más que el premio de una gran batalla de los socialistas, porque la muelle y corrompida burguesía ha desertado de esta batalla.

Ahora esta burguesía llenará las calles de espadas y lanzas el 1.º de mayo, porque teme y con razón. «La burguesía—escribe Marx—cuando las masas son conservadoras, debe temer su estupidez, y cuando son revolucionarias, debe temer su perspicacia... Lo malo es que las bayonetas no sirven para nada contra la perspicacia, sino para hacer patente la solidaridad de la opresión política y la opresión económica, enseñando el camino hasta á los ciegos.

Trabajemos, pues. La Manifestación de 1894 será

grandiosa, pacífica y digna de un proletariado que, animoso y seguro de la victoria, proclama en todo el mundo su grito de guerra:

¡Viva el Socialismo internacional!

V. Adler.

Bélgica.

Lo que da á la Manifestación de 1.º de mayo un carácter de incomparable grandeza es que, á pesar de las vejaciones patronales, á pesar de las persecuciones de los Gobiernos, á pesar de las intervenciones oficiales, á pesar del sable de los polizontes y de los fusiles de los soldados, centenares de miles de proletarios se levantan á la misma hora para afirmar la misma fe.

Renovando el milagro de Pentecostés, muchos pueblos se comprenden por virtud de este nuevo Espíritu Santo que se llama el Socialismo, presagiando así la constitución de los Estados Unidos del mundo, porque, con más justo título que Carlos V, la Democracia Socialista Internacional puede decir que el sol no se pone jamás en los inmensos territorios donde ha plantado su bandera.

E. Vandervelde.

Holanda.

Sabemos que la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano nos da sólo un derecho sobre el papel. No; cada hombre tiene tanto derecho cuanto es su fuerza, y por eso nosotros nos estamos preparando para ser los más fuertes, y cuando lo seamos, conquistaremos nuestro derecho, es decir, el bienestar, la libertad y la paz. La conquista del pan será la conquista de la libertad.

F. Domela Nieuwenhuis.

Rusia.

La solemnidad del 1.º de mayo es para los trabajadores actuales de todos los países la afirmación del papel que les ha indicado la Historia de nuestro tiempo: el papel de *solos* continuadores del combate contra los supervivientes reaccionarios de los siglos pasados; el papel de *solos* representantes actuales de la lucha contra las clases directoras, que han renegado de todas las funciones sociales de su pasado; el papel, en fin, de *solos* fundadores posibles del reinado de la solidaridad y de la justicia.

P. Lavroff.

Estados Unidos.

Si en una visión de lo futuro, un hombre del último siglo—un Franklin ó un Priestley—hubiese contemplado los vapores sustituyendo á los buques de vela, el tren á la galera, la máquina para segar á la guadaña, la trilladora al mayal; si hubiese oído las pulsaciones de las máquinas, que obedientes á la voluntad del hombre, y para satisfacción de sus deseos, ejercen un poder mayor que el de todos los hombres y todas las bestias de carga de la tierra juntos; si hubiese podido ver los árboles del bosque transformarse en maderaje acabado, en puertas, marcos, tablas, cajas ó barriles, sin que la mano del hombre interviniese apenas para nada; los grandes talleres en los cuales botas y zapatos se hacen con menos fatiga de la que el viejo remendón empleara antaño en poner una suela; las fábricas donde, bajo la vigilancia de una muchacha, el algodón se convierte en tela con más presteza que lo hicieran centenares de diligentes hilanderas y robustos tejedores con sus telares movidos á mano; si hubiese visto martillos á vapor dando forma á capiteles inmensos y á enormes áncoras, y maquinaria delicada haciendo relojes diminutos; el taladro de diamante cortando las duras rocas, y el aceite mineral sustituyendo los productos de la ballena; si hubiese calculado la enorme economía en el trabajo que resulta de las mayores facilidades del cambio y de las comunicaciones perfeccionadas; ovejas muertas en Australia comidas frescas en Inglaterra, y la orden dada por un banquero de Londres por la tarde ejecutada en San Francisco por la mañana del mismo día; si hubiese podido concebir el sinnúmero de mejoras que estos espectáculos sugieren, ¿qué consecuencias habría deducido sobre la condición social de la Humanidad?

Con los ojos de la imaginación habría visto que estas nuevas fuerzas elevaban la sociedad desde sus cimientos, sacando de la posibilidad de la miseria á los más pobres, y arrebatando de la ansiedad de las necesidades materiales á los más bajos; hubiera visto á esos esclavos de la Ciencia emancipando la Humanidad de la maldición tradicional, á esos músculos de hierro y nervios de acero convirtiendo la vida del más pobre jornalero en un día de fiesta, en el cual toda alta cualidad y noble impulso hallaría sitio en que crecer.

Y de esta espléndida situación material habría visto salir, como sus naturales consecuencias, condiciones morales realizándose la edad de oro que siempre ha soñado la Humanidad. ¡La juventud ya no raquítica y hambrienta; la vejez no maltratada ya por la avaricia; el niño dominando al tigre; el hombre de condición más humilde embriagándose en la esplendor de las estrellas; desaparecida la suciedad, la fiera trocándose en mansedumbre, la discordia en armonía! ¿Cómo sería posible la codicia donde todos tuvieran lo suficiente? ¿Cómo existir el vicio, el crimen, la ignorancia y la brutalidad que provienen de la miseria y del temor á ella, donde ésta hubiese desaparecido? ¿Quién adularía donde todos fuesen libres? ¿Quién oprimiría cuando todos fueran iguales?

E. George.